



CAPÍTULO VIII

CENAS OPUESTAS Á LAS DE TRIMALCIÓN

Nerón ha cumplido sus planes y se ha presentado á su Acté. Durante todo el intervalo entre los coloquios con sus dos compadres y la entrevista con su amada no hizo el emperador más que aguzar cuanto había en su persona de bestia, pidiendo á sus músculos y á sus fibras fuerza para imponerse con soberana imposición á las resistencias espirituales de Acté, consideradas por él como verdaderas locuras ó hechicerías, y á sus ideas y á sus frases, consideradas por él como cábalas mágicas de una virtud tan extraña que le adormecían por un instante sus propensiones al placer y al goce. Así juróse á sí mismo con juramento sacro y se prometió con formal promesa no escucharla, no prestarle atención, y rendirla en las cadenas de sus brazos, volviéndola por completo á su antigua servidumbre y volviéndose también él dueño absoluto de tan hermosa esclava. Se cuidó así de su persona como nunca se había cuidado. Tras un baño larguísimo recibió una copiosa lluvia de aromas

esencias. Tras esta lluvia tomó todos los bebedizos más acreditados para despertar la voluptuosidad, conservando en su ejercicio las necesarias fuerzas. Tras estos adobos y curtidos por dentro y por fuera de su cuerpo, se vistió con los trajes más espléndidos y se ornó con aquellos talismanes más propios á despertar en los seres, de amor requeridos, la deseada correspondencia. Luego evocó en su memoria cuantos versos eróticos sabía desde la niñez, y se propuso ver toda la fuerza en ellos contenida, realzándolos con acompañamiento, no sólo del arpa y sus cuerdas áureas, del mirar suyo y todos sus luminosísimos rayos. ¿Quién podía resistirse á tales imperiosos encantos? ¿Quién sustraerse á su belleza corporal, á su artística inspiración, á sus mandatos imperiales? Acté lo aguardaba con el cariño de siempre; pero cariño del alma, en todo contrario al compartido por los dos en otro tiempo. Su pureza le había devuelto algo de la casta hermosura que tienen las vírgenes inocentes. Habían el menosprecio de los sentidos y el sueño en que los sumiera con tanto empeño inundádola de un suave candor, muy análogo al proveniente de la ignorancia del vicio. Un recogimiento sistemático dentro de sí misma le prestaba externa humildad, muy encantadora. Una consiguiente actitud de modestia le prestaba gracias superiores á cuantas puede ofrecer la fea sensualidad. En sus extáticos ojos se columbraba á un espíritu misterioso y sobrenatural. Vibraban sus labios al impulso de continuas plegarias. Una blanca túnica, muy cerrada por el cuello y muy caída en pliegues armoniosos hasta los pies, la revestía como de las armoniosas formas que tienen las estatuas. Y en torno de su cabeza, que se diría cincelada por el buril de Fidias, resplandecía un etéreo nimbo que se diría bajado sobre sus sienes del cielo. Cuando Nerón llegó á su presencia, la respiración más viva, el mirar más luminoso, el corazón más palpitante aumentaban los hermosos hechizos de Acté y con ellos el dominio sobre cuanto la rodeaba sometido á su influjo, que aumentaba la transformación de su espíritu.

—¡Acté!— Nerón exclamó al verla; y queriendo arrojarse á sus brazos, una fuerza indudablemente superior á su voluntad le contruvo y le hizo retroceder como espantado de su intento para tornarlo junto á ella luego y tenderlo á sus plantas, como si fuese juguete de olas á que no puede uno contrastar con sus personales fuerzas.

— Levántate, Nerón, de mis pies. No puedo consentir yo que todo un César se humille ante una sierva. Mis creencias me dicen que debo amar al Rey de los cielos y obedecer al rey de los pueblos. Este último eres tú. No te bajes ante mi presencia, porque te rebajas ante mi Dios. Indispensable al mundo la institución que representas, tus leyes humanas completan las divinas leyes y tu poder dentro de su radio tiene algo del divino poder.

— Mira, mi adorable Acté, no me vengas ya, en cuanto me ves, con todas esas monsergas judías de nuevo cuño y nueva moda, las cuales te han trastornado el seso hasta divertírtelo y separártelo del rendido amador, en cuyos brazos has pasado los últimos días de tu infancia y los primeros de tu juventud. Yo no toleraré más tiempo esta rebeldía tuya, que me desacata en mi autoridad y hasta me atormenta en mis carnes. He pasado por lo que jamás creí pasar, movido de una idea singularísima, movido de la idea que todo aquello iba encaminado á exacerbar mi amor para que los goces venideros y aguardados fueran mayores, así como á exaltar tu hermosura para que la deseara yo con más ahinco y la poseyera con más gusto. Pero todo tiene su término en el mundo, y esta situación ha de tenerlo. Y vengo resuelto á decirte que ó te das á partido y á mis brazos te rindes, ó concluyo por matarte primero á tí para matarme luego á mí mismo.

— No harás tal, Nerón, ¡ah!, no lo harás. Yo sé cuanto pasa por tu espíritu; y como lo sé, perdono cuanto dicen tus labios. Desconocedor absoluto de la ley revelada directamente por Dios, conoces la ley natural que nos enseña nuestra razón y que traemos todos impresa en nuestra conciencia. Y como esta ley te prohíbe á ti matarte y también matarme á mí, no lo harás, porque el mismo Dios, que en su misericordia te ha enseñado una parte de la verdad eterna, habrá de compelerte á que cumplas una parte del absoluto bien. En vano te propones rebelarte contra tales divinos mandamientos; desde tu altísimo trono caes bajo el peso de su evidencia y los cumplirás mal de tu grado. Créeme, yo no soy yo: en mí late un espíritu celeste que me purifica y me hace como él mismo celestial, como hace fuego el fuego la fría y tosca y apagada leña caída en sus purificadoras llamas. Ni me matarás, ni te matarás, Nerón.

— ¡Cómo! Pues te aseguro que quiero morirme para no verme

tan cobarde. Salgo de mi palacio, reconcentrando para vencerte, no sólo aquellas facultades propias de mi ser natural, sino las propias de mi ser sobrenatural, y caigo en el suelo derribado por tu voluntad soberana, sin que me atreva ni aun de palabra yo á resistirte, venciendo tú con victoria incontrastable y mostrándome la pequeñez y la miseria mías.

— No creas, Nerón, que yo soy quien te vence y rinde, no; hace tales milagros un poder misterioso, cuya fuerza mantiene los astros en su centro y cuya inspiración pone sus matices en el cáliz de las flores y sus gorjeos en la garganta del ruiseñor.

— Esa fuerza debe ser la fuerza de Venus.

— ¡Ah! No — dijo Acté, — no, esa fuerza es la fuerza de un Dios verdadero, sin forma y sin figura, sin nombre, sin límites; impenetrable á la razón, pero adornado por la fe; vivo en todos los tiempos como eterno, dilatado por todos los espacios como infinito; hermosura y bondad perfectas, luz de la luz, ideal de todas las ideas, centro hacia que gravitan por su propia inclinación todos los espíritus.

— Yo no vengo á tu presencia para departir de teologías, vengo para departir de amores. La Metafísica me tiene sin cuidado. Harta me ha embutido en la mollera el charlatán Séneca. Yo prefiero el papagallo indio, que tú me regalaste, diestro en la imitación de acento tan divino como el eco de tu palabra y de tu voz, á todos los dioses del Olimpo. Estoy unido á tu persona como al amo el perro. Aunque me apalees, no huiré. Y si porque me quedo aquí, como el burro apaleado se queda en su pesebre, de mí te burlas, no me quejaré, no, ciertamente. Yo no miré un día si eras ó no esclava, cuando estreché contra mi corazón en los brazos tu cuerpo herido por la fusta y marcado con el sello de la servidumbre; no mires tú si soy emperador y llevo una corona, para devolverme tu cariño. Mira que, si no lo haces así, tendré celos del Dios recién invocado por ti ahora y le declararé arreo la guerra. Si me quieres, yo estaré á tu lado hasta que las Parcas corten el hilo de nuestra vida, y tu nombre vivirá unido con el nombre mío por siglos de siglos. No tomes consejo de nadie para quererme sino de tu pasión, de aquella que sentiste por mí en los albores de la vida y que no ha podido, no, en tan pocos años di-

siparse. Si te parece poco ser Acté, puedes llegar á Semíramis; porque si no te satisface mi corazón, mayor que todo lo criado junto, yo te daré mi trono para que allí explayes tus ambiciones después de haber explayado en mi lecho tu amor. Yo te haré, Acté, verdadera y única emperatriz. Si quieres tener un emperador de siervo y esclavo, no hay para ello inconveniente; cárgame de cadenas el cuerpo, con tal que llenes de tu amor el alma. Sin ti el trono me parece la ergástula; contigo me parece la ergástula el trono. Yo te he visto pálida como el mármol que arrancan los escultores á las canteras de Paros. Yo te he visto inclinarte á mis brazos como se dobla el arbusto sacudido por los vientos. Yo te he visto llorar al soplo de mis labios como llora la nieve derretida por el soplo de favonio. No dirijas los ojos al cielo, porque soy capaz de arrancar el cielo mismo á la tierra, si del cielo te prendas y enamoras. Nada me sería tan fácil como echarme á dormir en una cama cualquiera con todas las mujeres que me demandaran mi capricho y mi gusto; mas no hay para mí felicidad sino á tu lado. Amame, pues, ámame, Acté, como antes, hace muy poco, me amaras, cuando no te había sobrecogido la demencia que te aqueja hoy. Amame, Acté, ámame.

—¡Imposible, Nerón, imposible!

Y Acté continuaba, no obstante los ruegos del emperador, oyendo con una grande sumisión y conformidad sus palabras, pero vueltos al cielo y en el cielo fijos sus ojos.

—Yo reconozco mis faltas y las confieso. Yo he ido volando de flor en flor con mi volandero pensamiento. Mas era todo ello cuando había roto el nido de la infancia y dado al viento las dos alas de mis primeras pasiones. Ahora mismo que larga experiencia me ha instruído en los secretos de tantas alcobas y de tantos amores, vuélvome hacia ti para decirte que deseo ser de una sola mujer y que seas tú esta mujer, tú, mi primero y mi último amor. Si me rechazas y desahucias, si rompes una pasión que representa los verdaderos eslabones de esta cadena por la cual yo estoy unido á la felicidad segura; como á navecilla sin amarras, el viento de todos mis caprichos habrá de impelerme al océano de todas las pasiones, donde me anegaré y me perderé por tu culpa. Yo no quiero que me des los besos de una hermana fiel á su hermano, quiero que

me des los besos que da con delirio á un amado su amante. Yo no quiero que me beses como á Febo Diana, sino que me beses como Venus á Marte. Las flechas del amor me han herido. Mi cuerpo está hecho un erizo. Mucho daño me hacen y muchísimo dolor me causan; pero, si me dijese que no padeciera del amor, echaría de menos, muy de menos, mis padecimientos. Yo quiero padecer por ti, por tu causa, consagrándome á tu culto, pero no me hagas padecer más, que harto he padecido ya. Soy libre, y únicamente me places tú en la tierra. No me obligues á echar mis redes en otros mares y á levantar mi caza en otros cercados. No me sonrojo de suplicarte, aunque te muestres cada día más adusta. Las súplicas de Aquiles ablandaron el corazón de Príamo. ¿Te acuerdas, Acté, de cuando hacíamos de nuestro jardín una pastoril campiña y ordeñábamos con nuestras manos mismas los pezones de las borregas y cogíamos la miel fluyente por los troncos de las hayas? ¿Te acuerdas de cuando íbamos al teatro y cambiábamos nuestras miradas, oyendo extáticos las relaciones del amor ajeno que nos despertaban los recíprocos amores nuestros? ¿Te acuerdas de cuando nos ceñíamos las coronas de mirtos y nos paseábamos apoyado uno en otro so los rosales que llovían sus hojas en nuestras frentes y nos trastornaban el sentido con sus aromas? Si Pirro brilló en el arte de combatir á los enemigos; si Podalivo en el arte de curar á los enfermos; si Automedón en el arte de guiar los carros; si Nestor en el arte de decir discursos, yo brillo en el arte de amar á las mujeres. Y por ninguna he tenido tanto amor, Acté, como por ti. Estamos en la edad más propia para el goce: gocemos. El curso de los años, como el curso de los ríos, no vuelve nunca, no, atrás. El frío de la vejez vendrá, y entonces no interrumpirá tu sueño el eco de la dulcísima serenata, y al dejar el tálamo en la primer aurora, no encontrarás la puerta de tu hogar enramada de flores. Muda la serpiente su piel y su asta el ciervo: á nosotros Naturaleza implacable no quiso concedernos tal recurso y nunca nos renovamos. Esa túnica tan austera que ahora vistes, cual si fueses la mujer de un hombre como Ajax, el cual únicamente poseía un escudo forrado de pieles, vuelve á cambiarla por aquella sembrada de brillantes, que te ofrecía tu Nerón, el cual puede ofrecerte hasta las minas de tales piedras explotadas por el moreno indio en la

cumbre del mundo y cuna del sol. Vuelve á ponerte aquellas vestiduras teñidas de azafrán, que daban á tu cuerpo los anaranjados resplandores del alba. Vuelve á cantar de nuevo como cantan las sirenas. Yo te seguía embobado y te acompañaba con la divina voz en mi garganta puesta por el cielo. ¡Oh! Las cuerdas de tu arpa hubieran sobrepuesto con sus cadencias unas á otras las piedras del suelo, como las cuerdas del arpa de Anfión, y adormecido á los cerberos en el abismo, como las cuerdas del arpa de Orfeo. Y no te digo, Acté, nada de cuando tañías el salterio, ese instrumento á los amores tan propicio. Y no te recuerdo que me volvían loco tus arias helenas y tus cantares egipcios. Con tus cabellos recogidos sobre la nuca y tu lazo azul sobre la frente, semejábaste á Diana. Yo quiero que seas mi Penélope y que, dulce compañera de mi vida, me llesves á tu lado desde nuestro recatadísimo cubículo, donde nuestra sangre se disipe á una en las llamas de los besos, hasta las fiestas del circo, donde aspiraremos aquel hedor, el cual se difundirá por las venas de nuestro cuerpo y nos prestará novísimas intensas fuerzas para el placer.

—Nerón, sacude por Dios de tu fantasía tales imaginaciones y limpia tu carne de tales apetitos. Yo he sido hace poco tu esposa carnal, parte de tu cuerpo, sin sujeción á otras leyes que al impulso de mis deseos y sin levantarme una línea de la naturaleza, en cuyo seno se ayuntan el macho y la hembra por las afinidades y las atracciones que sienten á unirse los contrarios. Tú me amabas; yo te amaba; nos uníamos en un solo ser sin más móvil que los empujes del deseo y sin más objeto que la satisfacción de los sentidos. Yo, ignorante de todo, pecaba por ignorancia, como por ignorancia tú has pecado. Pero un día se presentó un anciano que parecía surgir de lo profundo, y este anciano me habló de un Dios que parecía bajar de lo alto. Las enseñanzas aprendidas en aquella revelación diéronme á mí, á mi persona, esclava en esta sociedad, mancha tuya, piedra de verdadero escándalo, un alma consciente y libre, lo cual fuera como convertir un gusanillo de la tierra en un astro de la inmensidad. Entonces aprendí algo, únicamente revelado en ocasiones raras á mi conciencia: que la castidad era entre todas la virtud primera y principal de una pobre mujer. Entonces aprendí que nuestro modelo y nuestra norma, el ideal por quien debía-

mos regir la vida, era la Virgen Madre, que había podido llevar en sus entrañas el Mesías prometido, sin perder su casta pureza y sin saber cosa ninguna de la sensualidad y del mal. Entonces aprendí que por la virtud, por los grados de sus escalas, desde la tierra y sus sombras subimos al empíreo inundado con una inextinguible luz y rebosante de una intensa vida, donde las almas gozarán un amor espiritual, exento de toda flaqueza é incapaz de todo engaño. Lava tu cuerpo, Nerón, en las clarísimas aguas del bautismo, tu alma en los esplendentes resplandores de la revelación, y así pasarás la vida en el amor de los amores que se llama caridad; y cuando hayas muerto, encontrarás una corona, junto á la cual parecerá tan pálida tu corona terrestre como pálida la luciérnaga del valle comparada con la faz del sol. Cree lo que yo creo; ama lo que yo amo; sígueme donde yo te lleve, y, Nerón, serás salvo.

—No me conozco á mí cuando resisto semejantes arengas indescifrables y oigo ese lenguaje tuyo entre judío y mago, que me marea el sentido y me deja un eco de misterio en el pensamiento, imposible de comprender y explicar. Me llaman déspota, y hace horas que lucho contigo sin llegar á imponerte mi voluntad y sin atreverme á la violencia. Hierve mi sangre, mis fibras todas se abrasan, pierden mis ojos su luz, una voluptuosidad infinita en pos de tu hermoso cuerpo me impele, y cuando voy á saltar, sintiéndome tan ágil como el tigre y tan fuerte como el león, pronto á despedazarte, un rayo de tus ojos, un eco de tus palabras, un gesto de tus facciones, una cadena invisible salida de tus dedos y llevada por no sé quién al corazón, me ata y me rinde á tu albedrío, logrando que no satisfaga en ti mis pasiones, que te crea más por instinto cuanto menos te cree mi raciocinio, y que te adore y te bendiga cuando estás inmolándome á mí con toda mi felicidad y todas mis esperanzas bajo el agudo puñal de tus femeniles ca-



Arpa